

A los veinte años de su muerte

El senador McCarthy y su tiempo



**Eduardo
Haro Tecglen**

*He aquí al senador McBomba,
muerto en su cama de injurias,
flanqueado por cuatro cerdos;
he aquí al senador McCerdo,
muerto en su cama de bombas,
flanqueado por cuatro lenguas;
he aquí al senador McLengua,
muerto en su cama de cerdo,
flanqueado por cuatro víboras;
he aquí al senador McVíbora,
muerto en su cama de lenguas,
flanqueado por cuatro búhos:
McCarthy Carthy.*

*He aquí al senador McCarthy,
McCarthy muerto,
muerto McCarthy,
bien muerto y muerto,
amén.*

(Nicolás Guillén, «Pequeña letanía grotesca en la muerte del senador McCarthy», de *La paloma de vuelo popular*.)

Joseph Raymond McCarthy, senador por el Estado de Wisconsin y tristemente célebre por su labor al frente del Comité de Actividades Antiamericanas. Fallecido hace ahora veinte años, el 2 de mayo de 1957, nadie se inclinó con amor sobre su tumba.

HAN transcurrido más de veinte años desde que el senador por el Estado de Wisconsin, Joseph Raymond McCarthy, desapareciese de la vida pública, derrotado finalmente en el Senado desde el cual ejerció un poder ante el que no eran invulnerables ni los Presidentes de la nación, ni

los grandes héroes militares y civiles de una guerra recién ganada; han pasado justamente veinte años desde que McCarthy está «muerto y bien muerto, amén». Al examinar ahora los textos y los documentos de los cuatro años de aquel periodo de la historia contemporánea de los Estados

Unidos —que se inició el 9 de febrero de 1950, cuando un senador oscuro denunció en público que el Departamento de Estado tenía a su servicio 205 comunistas, y terminó el 2 de diciembre de 1954 con un voto del Senado condenando las actividades del senador McCarthy por 67 votos contra

22—, puede observarse un fenómeno constantemente repetido a lo largo de los siglos: el triunfo del oscurantismo, de la brutalidad, de los dogmas más estrechos sobre el pensamiento y la facultad de idear. Un dramaturgo, Arthur Miller, estableció un paralelo entre aquella situación y una similar creada por los puritanos de la ciudad de Salom—donde se castigaba con la cárcel a quienes reían en domingo—, en el año 1692: un proceso de brujería que terminó con la ejecución de 21 personas—cinco hombres y dieciséis mujeres— convictas de pacto con el demonio. Una situación semejante aparece descrita por Aldous Huxley en

The devils of Loudun: en 1631, las monjas de un convento de ursulinas, en el pueblo francés de Loudun, se entregaron a raros excesos físicos y espirituales, y el resultado fue un fenómeno de histeria colectiva que terminó con la ejecución en la hoguera, después de una larga serie de torturas, del párroco Urbano Grandier, acusado de haber desencadenado los demonios, y cuyo único pecado consistió realmente en un exceso del ejercicio de virilidad favorecido por sus excelentes facultades físicas. Estos pequeños ejemplos puramente locales revelan quizás el fondo histórico y supersticioso con el que puede identificarse el macartismo—que por ello ha

sido también llamado «caza de brujas»—, pero no su extensión ni su alcance. Debe realmente inscribirse en la serie de los grandes movimientos de intolerancia y de persecución. Es una costumbre de los historiadores estimar que la Humanidad pasa alternativamente de períodos lógicos y moderados, llamados clásicos, a períodos emocionales e impulsivos—Nietzsche dividía estas dos tendencias opuestas entre «apolíneas» y «dionisiacas»— de tipo romántico, donde el pensamiento deja de primar. La cuestión es un poco más complicada. Las dos tendencias coexisten, practican su dialéctica en cualquier momento



En realidad, McCarthy—a quien vemos en esta foto rodeado por dos de sus colaboradores, Roy Cohn y G. David Schine (casi tapado)—no hizo más que poner su nombre y su rostro a una situación, y elevar después esa situación a la categoría de tragicomedia.

histórico que se enfoque —sea cual sea la que domine aparentemente—; cualquier ideología tiene una vertiente lógica y racional, y otra impulsiva y pasional. El estallido, el asalto de los impulsos agresivos suele producirse precisamente en los momentos en que una sociedad cree encontrar el punto máximo de su desarrollo y de su estabilidad y rechaza la aparición de cualquier idea nueva que pueda variar su situación aunque sea para mejorarla, aunque sea nacida de ella misma. Tal es el caso de la Roma clásica al tomar contacto con el cristianismo. O el de la España renacentista, recién formada su nacionalidad, dominadora de medio mundo, persiguiendo en contra de su propia economía a las minorías judías y moriscas que estaban perfectamente delimitadas y controladas. La diferencia más concreta entre estos movimientos y el macartismo es que, mientras en aquellos períodos se perseguían movimientos concretos, personas perfectamente identificadas por su religión o sus razas o sus nacio-

nalidades —como ocurrió en los *progroms* centroeuropeos—, el macartismo persiguió fantasmas. No se aplicó a la busca de comunistas, al descubrimiento de comunistas, sino a inventar comunistas y a acusar de comunismo a toda clase de personas, desde una pobre negra —Annie Lee Moss—, que tuvo que preguntar a sus acusadores quién era ese Marx de quien tanto la hablaban, hasta el general Marshall —autor del famoso Plan Marshall ideado para contener el comunismo en Europa— pasando por el F. B. I., los empleados de la Voz de América, los científicos atómicos —entre ellos Oppenheimer—, soldados, pastores, senadores, periodistas... En este sentido se puede comparar el macartismo a los movimientos supersticiosos e histéricos de la «caza de brujas». Su impulso fue tal que llegó a crear un estado de opinión notable; en 1954, próximo el fin político de McCarthy, una encuesta «Gallup» demostró que un cincuenta por ciento de la opinión pública era favorable al senador de Wisconsin, y un

treinta por ciento «no le era contraria». Este caso originó aberraciones mentales notorias. Ejemplo de ello es la declaración del ingeniero industrial Thomas E. Murray, que fue director de Chrysler, con respecto al Dr. Oppenheimer: «No es suficiente decir que el Dr. Oppenheimer no reveló secretos a los comunistas o a los compañeros de viaje con quienes tuvo amistad. Lo que es incompatible con la obediencia de las leyes de seguridad es tener esas amistades, aunque de hecho sean inocentes». Murray formó parte de la comisión que juzgó y condenó como «desleal» a Oppenheimer.

* * *

En realidad, el senador Joseph Raymond McCarthy no hizo más que poner su nombre y su rostro —un rostro cuadrado, espeso, de rasgos groseros— a una situación, y elevar después esa situación, preparada previamente, a la categoría de tragicomedia. La muerte de Roosevelt en mayo de 1945 y el advenimiento del pequeño —en todos los órdenes— e



Una de las muchas mentiras que utilizó McCarthy durante su carrera política, fue la de alardear de «héroe de la Aviación» durante la campaña del Pacífico. Sin embargo, «nunca estuvo en una cabina excepto para hacerse una foto propagandística» (que reproducimos), ha escrito su biógrafa Roberta Strauss Feuerlicht.



Llegado al poder en 1945 a la muerte de Roosevelt, Harry S. Truman elaboró una «doctrina» cuyo punto fundamental era la «contención del comunismo», lo que se traduciría internamente en una «caza de brujas» contra los sectores progresistas. (Contemplamos a Truman haciendo en Washington el saque de honor de la temporada de béisbol de 1946.)

inesperado Truman cambió enteramente de rumbo la política de los Estados Unidos durante la guerra. Se pasó de la confianza en el aliado soviético, de la esperanza ideal de una paz duradera basada en doctrinas de buena voluntad, a una nueva situación tensa y angustiada. Los últimos movimientos de tropas en Europa no tenían ya más objeto que la loca carrera por adelantarse a las tropas soviéticas en la ocupación de territorios; el empleo de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, cuando ya se habían iniciado conversaciones de paz con el Japón, trató de evitar que la U.R.S.S. apareciera entre las potencias vencedoras en Asia. Las negociaciones de San Francisco para la creación de las Naciones Unidas estuvieron falseadas por el

acaparamiento de votos americanos con el fin de oponerse a un posible bloque comunista. Dos hombres que no habían conseguido ablandar a Roosevelt triunfaron con Truman: Churchill, cuyo anti-comunismo procedía de la Primera Guerra Mundial, y Hitler, que hasta en sus últimos momentos del refugio de la cancillería de Berlín estuvo tratando de dividir a sus enemigos, y lo consiguió a título póstumo, cuando ya no iba a serle útil personalmente, pero iba a servir para el renacimiento de Alemania; el «milagro alemán» que presenciamos todavía hoy es fruto de aquella operación de Hitler. Truman tuvo un sueño de dominio mundial, creyó posible gozar de la victoria sin repartir el botín con sus aliados, puesto que para sus destruidos aliados

europeos le bastaba con una cierta ayuda económica —el Plan Marshall—, que les haría eternamente dependientes de los Estados Unidos, sobre todo si al mismo tiempo minaba para siempre su poder colonial y el único problema auténtico se planteaba con la U.R.S.S. —más tarde apareció el problema chino, que Truman fue incapaz de prever; creía que le bastaría con mantener a Chiang Kai-Chek bien pagado—. Para lanzar la ola de antisovietismo fue precisa una fuerte campaña de propaganda que diera marcha atrás a la corriente de simpatía a favor de la U.R.S.S., nacida durante los años de la alianza en los campos de batalla. Surgió la semántica de la guerra fría: el «telón de acero», el «mundo libre», las «naciones cautivas». Puesto que



Al igual que lo había hecho su predecesor Parnell Thomas, McCarthy eligió Hollywood como centro de resonancia de la actuación del Comité de Actividades Antiamericanas. Símbolo máximo de quienes sufrieron tal represión en uno y otro momento, fueron los llamados «Diez de Hollywood», nueve de los cuales —falta Dalton Trumbo— aparecen reunidos en la imagen.

la idea de un ataque frontal de la U.R.S.S. a los Estados Unidos era imposible, se fomentó la propaganda de la «subversión», de la infiltración, de la traición. Stalin era un personaje lo suficientemente hostil y duro como para que estas ideas pudieran prender fácilmente en el pueblo norteamericano. Pero el rudo golpe que sufrió, psicológicamente, el pueblo de los Estados Unidos se condensó en una situación de histeria.

El pueblo estaba comenzando a cosechar los frutos de la victoria. Truman acertó con su programa de «Fair Deal» —una prolongación del «New Deal» de Roosevelt— y consiguió brillantemente la reconversión de la economía de

guerra en economía de paz. Las industrias de guerra reconvertidas inundaron el mercado de productos de consumo, rápidamente adquiridos por los remanentes de una masa de ahorro producida en los años de guerra, durante los cuales se habían acumulado los beneficios de las industrias y se habían aumentado los salarios. Las exportaciones a los países de Europa producían unos ingresos considerables en el país —este era el doble filo del Plan Marshall: la dependencia económica de los países arruinados, más los beneficios industriales para los Estados Unidos—, y la renta nacional bruta aumentaba vertiginosamente. De 211.000 millones de dólares en 1946,

pasó a 233.000 millones en 1947. Con sus ricos soldados estacionados en todo el mundo, su poderosa bomba atómica —considerada entonces como el arma absoluta—, su fantástico nivel de vida, el ciudadano americano había creído encontrarse ya en el mundo de la utopía. Una ola de crecimiento demográfico —el «baby boom»— confirmó su optimismo con que el pueblo americano consideraba su futuro.

En esta situación, el hecho de que apareciera de pronto una amenaza descrita como siniestra, como invisible, creó fácilmente una situación de histeria. Se advertía al pueblo norteamericano que entre él mismo anidaba un enemigo

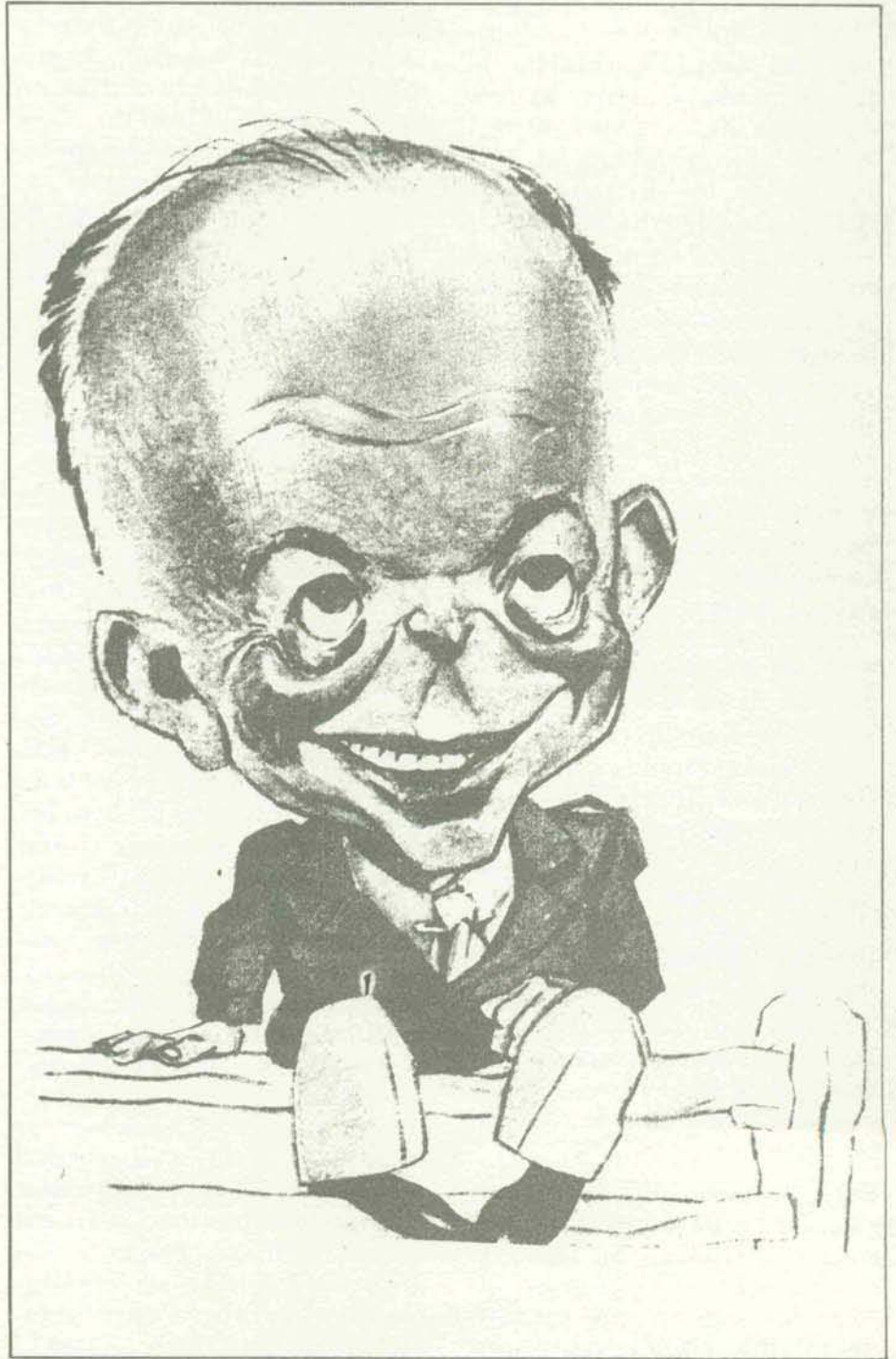
deseoso de privarle de sus libertades y de su confort, capaz de **convertir los Estados Unidos** en un país concentracionario. Ese enemigo podía ser su más apacible vecino, disfrazado de norteamericano medio —más tarde se pondrían rostros a estos enemigos ocultos: el apacible e inteligente matrimonio judío de los Rosenberg, Alger Hiss...—, con lo cual se creó la más fantástica de las desconfianzas. La guerra de Corea, el bloqueo de Berlín, las batallas en la O.N.U. confirmaban esta idea de la agresión antinorteamericana. Pero pronto el espartapájaros anticomunista se aplicó a resolver problemas interiores. La prosperidad no pudo evitar una reaparición del paro y produjo una inflación, lo cual movió a los sindicatos (A.F.L. y C.I.O.) a lanzar unas huelgas gigantes, que rápidamente fueron reputadas comunistas, creadas por los «agentes secretos». La Ley Taft-Harley se alzó contra estas huelgas alegando que «ponían en peligro la seguridad nacional», y se obligó a los dirigentes sindicales a prestar juramento de no pertenecer a ninguna «organización subversiva», lo que permitió una gran purga de los dirigentes obreros. Una serie de hechos concretos destruían lo apacible del mundo descrito por el «Fair Deal»: la situación de los negros —los primeros obreros licenciados, los últimos en encontrar trabajo—, el desnivel creciente entre ricos y pobres, los primeros fracasos en política internacional. No sólo las víctimas de estas situaciones, sino quienes las denunciaban, eran acusados de comunistas y sometidos a la represión y a la violación de los derechos fundamentales, lo cual creaba más protestas y, **por consiguiente, más acusaciones de comunismo.** Louis de Villefosse cuenta —en su

libro *Géographie de la liberté*— que un intelectual tuvo la idea de pedir a los transeúntes que firmasen, en plena calle, un documento en señal de ratificación. Todo el mundo rehusó. «¡Pero si no es más que la declaración de independencia de los Estados Unidos!», explicó a un grupo amenazador; y un individuo le replicó:

«Déjenos usted en paz con ese truco comunista».

* * *

Se ha escrito que «McCarthy no es el autor de la crisis de confianza de los Estados Unidos en sí mismos, sino que, por el contrario, fue la crisis de confianza de los Estados Unidos en sí mismos la que hizo posible a McCarthy» (A. Mac



Dwight D. Eisenhower sucedería a Truman en la presidencia de los Estados Unidos a partir del 2 de enero de 1953. Militar de prestigio, su pensamiento derechista le hizo continuar la política de su predecesor, especialmente en cuanto a un anticomunismo beligerante.

Leish), y ciertamente es así. Otros hombres trataron de inventar antes el macartismo y no lo consiguieron. Su más inmediato predecesor fue el senador McCarran, autor de la *Internal Security Act*, que por primera vez formalizó en una ley la estructura anticomunista de la nación. Pero dos años antes de esta ley, en 1948, se celebró el proceso llamado de «Los once»: Once miembros del partido comunista de los Estados Unidos fueron acusados de «intento de derribar por la fuerza el Gobierno de los Estados Unidos»; en el curso de los sucesivos procesos, los acusados fueron condenados a penas de prisión y multas sin que quedase probado su intento de derribar al Gobierno por la fuerza, sino solamente su afiliación al partido y haber realizado reuniones y redactado escritos contra la política gubernamental. Apelaron por consiguiente al Tribunal Supremo, definidor de la Constitución, amparándose en la Primera Enmienda que debía garantizarles estos derechos, y el Tribunal dictaminó que «las circunstancias imponían límites a la libertad de palabra». Dos jueces, sin embargo, votaron en contra; uno de ellos, el famoso juez Douglas, declaró: «Espero que algún día las libertades garantizadas por la Primera Enmienda vuelvan a ocupar el lugar de honor que les corresponde en toda sociedad libre». Poco después era acusado de comunista.

Esta famosa Primera Enmienda ha pasado por numerosas vicisitudes. Su texto es el siguiente: «El Congreso no hará ley alguna que declare oficial una religión, o prohíba su libre ejercicio; o que restrinja la libertad de palabra o prensa, o el derecho del pueblo a reunirse pacíficamente y

a pedir al Gobierno la reparación de agravios». Fue redactada —conjuntamente con otras nueve enmiendas— en 1791. Duró limpiamente durante el siglo XIX, a pesar de la guerra de Secesión en la cual los «copperhead» —este desagradable nombre de serpiente se dio a los nortños que eran partidarios de las doctrinas del Sur— vieron respetados sus periódicos y sus discursos a pesar de sus ataques feroces a la actuación del Gobierno; si uno de ellos, Vallandigham, fue detenido, Lincoln le puso en libertad y le permitió huir hacia el Sur. El siglo XX fue menos afortunado en cuestión de libertades: la Primera Guerra Mundial sirvió para implantar la censura política y militar, y desde 1917 a 1921 fueron juzgadas más de dos mil personas por delitos de opinión, hasta que el ministro Holmes creó la doctrina del «peligro claro y actual», para limitar los abusos judiciales contra la Primera Enmienda, pero que en realidad limitaba ya la voluntad de los legisladores de 1791. Sin embargo, en la Segunda Guerra Mundial esta Enmienda fue más respetada que en la primera: incluso los defensores de los nazis vieron respetada su libertad de palabra. (Datos de Z. Chafee en *Freedom of speech in the United States*.) Es interesante advertir cómo estas libertades fundamentales fueron menos respetadas en la postguerra; los Estados Unidos mantuvieron mayor confianza en sí mismos y en su seguridad mientras combatían que cuando gozaban de los frutos de su victoria. Durante los años 1942 a 1946, el semanario *Time* mantuvo en funcionamiento una Comisión por la Libertad de Prensa que hizo un estudio serio y profundo acerca de esta libertad fundamental. El resultado fue

breve: «La Comisión propuso esta pregunta: ¿Se encuentra en peligro la libertad de prensa? La respuesta a esta pregunta fue: sí». (Citado por Guillermo R. Riker, *Democracy in the United States*.) El novelista americano Merle Miller describió la situación en *El hecho está ahí*, uno de los libros más interesantes de la época: relata la aventura kafkiana de un empleado modesto e insignificante del Departamento de Estado que tiene vagas simpatías por la izquierda, lo cual produce un impresionante movimiento policiaco en torno suyo. Un día su jefe le advierte: «Podría predecir palabra por palabra todo lo que van a decir... Vea usted, Brad: toda su vida ha sido registrada, todos sus llantos de bebé —que aún recuerdan los que entonces eran sus vecinos—, todas sus protestas infantiles contra los profesores, todas las frases con las que usted dejaba entender que quizá no vivimos en el mejor de los mundos. Todo ello está escrito, clasificado en el expediente Douglas Bradley... Y todo está deformado, falsificado; es desagradable ver...» Douglas Bradley resulta finalmente despedido «en interés de los Estados Unidos». Y el desventurado se confía a su abogado: «¿Qué podré hacer ahora? ¿Cómo podré mantener a mi esposa? Yo no soy un mártir, ni quiero ser un héroe: quiero simplemente que me dejen en paz, que me dejen vivir». El prologoista francés del libro, el católico Gabriel Marcel, obtiene esta conclusión: «En el mundo americano es imposible pensar libremente y ser uno mismo». Esta frase fue publicada en 1950.

La doctrina de los Estados Unidos en aquel momento se enunciaba así: «Todas las libertades son válidas, todas deben ser respetadas, todas



«La coerción de opinión es antiamericana», señala una de las pancartas de estos manifestantes, contrarios a la política represiva del Gobierno. Diversas voces se alzaron entonces en defensa de unas libertades salvaguardadas sólo teóricamente por la Constitución americana.

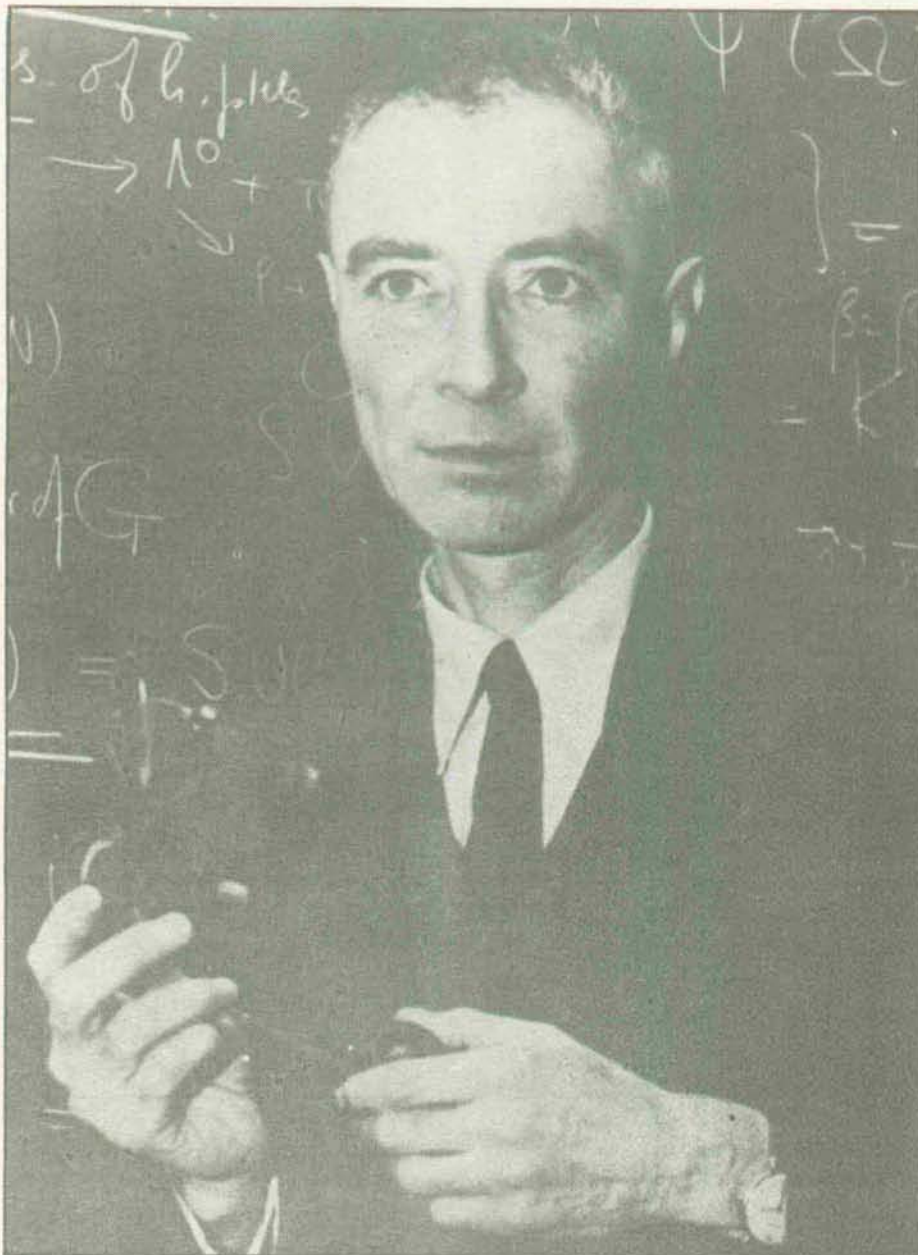
están en vigor, con una sola excepción: el comunismo y los comunistas, que no respetan la libertad». Pero esta sola excepción, desde el momento en que la propaganda describía a los comunistas como enemigos ocultos, disfrazados, clandestinos —situación a la que realmente les había impulsado la clandestinidad— sirvió para convertir en sospechosos a los 180 millones de americanos, para ejercer venganzas personales y para crear un gran pánico que privaba de libertad incluso a las víctimas de ese pánico. La teórica defensa de la libertad había acabado minando la libertad misma. «Esta libertad, que fue en otros tiempos el

bien máspreciado de cada americano, no pertenece en nuestros días más que a un reducido número de personas, tan pequeño que apenas corresponde a una cienmilésima parte de la población, o quizás aún a menos.» (*Autopsia de los Estados Unidos*, del profesor L. L. Mathias.)

* * *

El ambiente estaba preparado para la aparición de alguien como McCarthy. Su irrupción fue salvaje. Escuchemos la descripción del personaje que hace un periodista conservador, el francés Raymond Cartier, testigo de aquella época y conocedor de los Estados Unidos (*Las 48 Américas*): «El per-

sonaje es brutal. Su rostro es casi bestial. Bebe pesadamente. Es prácticamente inculto, y su cerebro está lleno de espesas sombras. Su palabra carece de gracia, su voz es ronca y está frenada por innumerables repeticiones de palabras». Sin embargo, McCarthy fue juez en Wisconsin; después fue elegido senador, derrotando en las elecciones al heredero de una tradicional familia política de su Estado, La Follette. (El primer La Follette, *Fighting Bob*, fue un «senador histórico», demagogo y aislacionista, rebelde a todo, que estuvo a punto de ser Presidente y que agitó el país desde su escaño del Senado a partir de 1906 hasta su muerte



Robert Oppenheimer, quien sería una de las principales víctimas del clima de oscurantismo que se extendió por Norteamérica durante los últimos años cuarenta y la década de los cincuenta. El gran científico y pensador tuvo que sufrir un vergonzoso proceso.

nazis; la más importante fue «Bund» —declarada fuera de la ley por el Gobierno federal—. Estos alemanes, no todos nazis, pero todos nacionalistas, fueron los que apoyaron a los La Follette, los cuales eran aislacionistas, y por lo tanto opuestos a la entrada en guerra contra Alemania. La declaración de guerra y la subsiguiente derrota de Hitler les hizo sentirse norteamericanos definitivamente y abandonaron a los La Follette. El candidato McCarthy, en cambio, les daba una ocasión de reivindicarse sin renegar. Sus hazañas de guerra no se habían realizado contra los alemanes, sino contra los japoneses; al mismo tiempo se definía como anticomunista acérrimo, y Hitler había proclamado claramente que el verdadero enemigo era el comunismo, y que Alemania renacería cuando los occidentales iniciaran la guerra contra el comunismo. Finalmente, sus métodos eran perfectamente nazis, y ya lo había demostrado como juez local. Los periódicos del Estado amplificaron su actuación en la guerra, aunque la revista *Time* describía de otra forma su actuación en el Pacífico: según dicho semanario, su misión principal fue como oficial de información, y solamente realizó «algunas misiones» como ametrallador en un bombardero. Estas misiones le hicieron célebre, especialmente por su furor para disparar: tenía el vicio de emplear la ametralladora continuamente, incluso contra las hojas de las palmeras. Un día apareció en su tienda de campaña un letrero, puesto por sus compañeros, que decía: «Proteged los cocoteros; devolved a McCarthy a Wisconsin». En la vida civil había exhibido su agresividad como boxeador. Quizá pegando y disparando se vengaba de una infancia di-

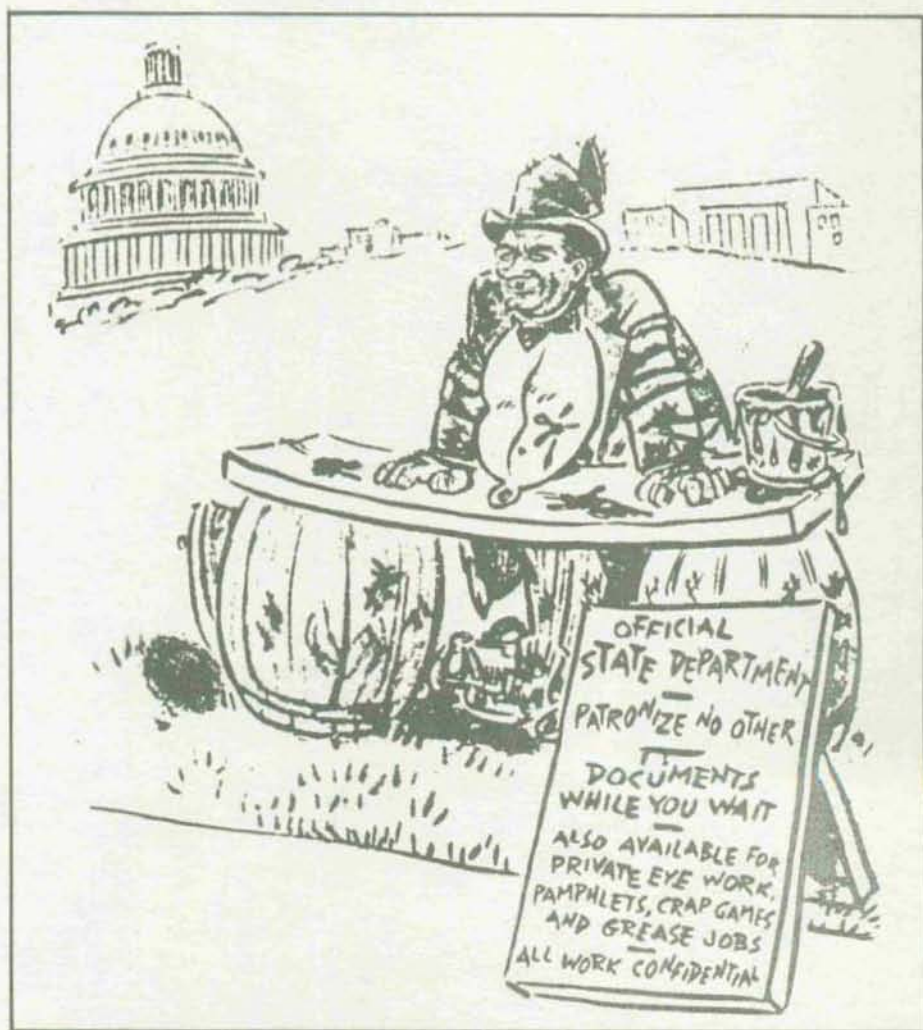
en 1925; le sucedió su hijo, *Young Bob*, creador del Partido Progresista, apoyado luego por Roosevelt, que mantuvo su escaño hasta que, en 1946, fue inesperadamente derrotado por el desconocido McCarthy. *Young Bob* trató de aplicar sus talentos a la industria privada, pero su fracaso en la política le amargó para siempre. En marzo de 1953, cuando McCarthy estaba en pleno triunfo, La Follette se encerró en su cuarto de baño y se disparó un tiro en la boca que le mató en el acto.) Para

entender esta elección hay que saber primero lo que pasaba en el Estado de Wisconsin. En aquel momento era aún el Estado más sospechoso de la Unión; no por comunista, sino por nazi. Un elevado número de alemanes emigrantes —en 1900 había un 80 por ciento de ellos en Wisconsin— hicieron concebir a Hitler la fantástica idea de crear allí un Estado alemán que produjese una revolución armada. La idea prendió en muchos de los inmigrantes, y se constituyeron numerosas asociaciones pro-

fácil en la pequeña granja familiar de Wisconsin, cuyo miserable producto no daba lo suficiente como para mantener a los siete pequeños McCarthy. Joseph Raymond intentó a los 16 años un pequeño negocio de avicultura que fracasó y que le llevó a trabajar como chico en una tienda de comestibles. Quiso estudiar, y lo hizo sustituyendo con voluntad y largas horas de estudio la falta de inteligencia. Aspiraba a ser ingeniero, y no lo consiguió; sólo a fuerza de trabajos y superación de dificultades consiguió ser abogado. El cargo de juez —los jueces locales son electivos en Estados Unidos—, lo obtuvo más por su demagogia que por su capacidad; al terminar la guerra lo recuperó; y de ahí saltó al Senado. Sus intervenciones durante los primeros años senatoriales fueron escasas; no dejaron huella. Le faltaba todavía la práctica, la experiencia, el conocimiento de los delicados mecanismos del Senado, y no podía aún ejercer su violencia. Prácticamente el renombre le vino de una manera inesperada. El 9 de febrero de 1950 pronunciaba un discurso en la pequeña ciudad de Wheeling, en el que dijo: «Tengo en mis manos los nombres de doscientas cinco personas que el Secretario de Estado conoce como militantes del partido comunista, y que, sin embargo, siguen trabajando en el Departamento de Estado y definen y aplican la política norteamericana». El propio McCarthy ignoraba la enorme resonancia que iba a tener esta acusación, sin duda falsa. Pero cayó en la situación de crisis de confianza que ha quedado descrita, que utilizó la prensa, que estaba en plena campaña contra el Secretario de Estado, Dean Acheson, y toda América se estremeció. Es posible que si McCarthy

hubiese conocido el alcance de su frase no la hubiera pronunciado jamás, entre otras razones porque era falsa y estaba ideada exclusivamente para obtener votos de una asamblea local. Cuando la opinión pública le reclamó la lista que decía tener en sus manos, McCarthy declaró que la reservaba para el Senado. Faltaban aún diez días para la reunión del Congreso, diez días hábilmente explotados por la prensa para crear un estado de ánimo de angustia. La traición anidaba en el Departamento de Estado, en el seno del Gobierno... Cuando, finalmente, compareció ante el Congreso, McCarthy rectificó su cifra primitiva y aseguró que nunca había hablado de 205 comunistas, sino de 81

casos; más tarde redujo su cifra a 57, «de los cuales, tres son esenciales». Obligado a pronunciar los nombres, se limitó a los de esos «tres esenciales», remitiendo para los demás a los «archivos secretos del Departamento de Estado». De esos tres nombres dos estaban ya acusados por espionaje: Alger Hiss y Owen Lattimore. Pero las escasas pruebas, las débiles acusaciones reales, estaban envueltas en una ola de palabrería y demagogia que incendiaron rápidamente al pueblo norteamericano. El Senado formó un subcomité para estudiar las acusaciones de McCarthy, presidido por el senador por Maryland, Millard Tyding, el cual dictaminó que las acusaciones eran un simple fraude;



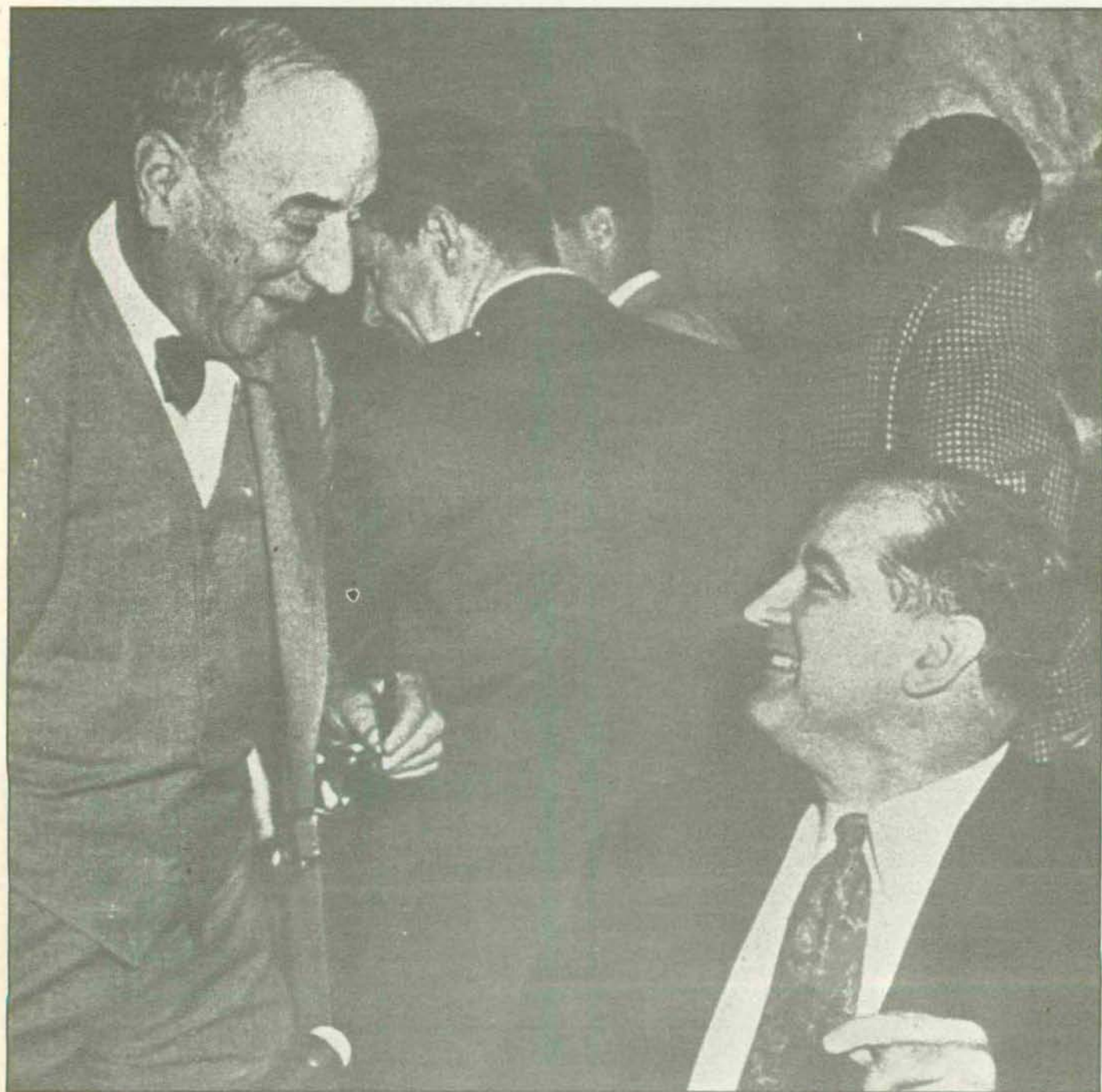
«El personaje es brutal. Su rostro es casi bestial. Bebe pesadamente. Es prácticamente inculto, y su cerebro está lleno de espesas sombras»: ésta es la manera en que Raymond Cartier describió al senador McCarthy, cuya ambición cara al Departamento de Estado quedó así caricaturizada por el humorista Herblock.

Tyding fue acusado de comunista, de pro-soviético. McCarthy acudió al mismo Estado de Maryland para lanzar estas acusaciones, y el senador Tyding, conocido por su probidad y su serenidad, perdió su escaño y desapareció para siempre de la vida política en ese mismo año de 1950; el Senado formó otro subcomité que mantuvo el dictamen del grupo Tyding y dijo que las

tácticas empleadas contra él eran «despreciables». Pero McCarthy ya estaba lanzado, y ganaba por un amplio margen su reelección en Maryland. Sus tres únicos acusados cayeron rápidamente. John Service fue despedido del Departamento de Estado y arruinó su carrera diplomática; Owen Lattimore fue acusado de perjurio. El proceso más sensacional fue el de Al-

ger Hiss. Un comunista arrepentido, Whitaker Chambers, acusó al funcionario Alger Hiss de realizar espionaje en favor de la Unión Soviética. La acusación no fue tomada en serio; el caso se olvidó, y Alger Hiss continuó prestando sus servicios, hasta que McCarthy, en su apresurada busca de nombres para justificar la acusación de «205 comunistas en el Departa-

Finalmente, McCarthy cometió su gran error: atacar al Ejército. Primero, en la persona del general Marshall —cuyo busto vemos en la página contigua—, al que sólo un demente podía acusar de comunista. Después, otros generales, jefes y oficiales serían también sometidos a interrogatorio. (Bajo estas líneas, McCarthy conversa con Joseph Welch poco antes de iniciarse una de las audiencias contra el Ejército.)





mento de Estado», desenterró el caso Hiss, quien fue conducido a los tribunales, juzgado y condenado a una larga pena de cárcel sin más pruebas que el testimonio de Chambers, quien había presentado unos documentos más bien dudosos. Lord Jowitt, el juez inglés que fue Ministro de Justicia en el Gobierno de Attlee, Fiscal General con MacDonald y Procurador General con Churchill, publicó en 1954 un libro titulado *El extraño caso de Alger Hiss*, en el que consideraba fraudulentos los documentos presentados por el testigo Chambers y dudoso el resultado del proceso. La editorial americana Doubleday publicó este libro en los Estados Unidos; cuando había comenzado a lanzarlo al mercado, tuvo que recoger la edición alegando «causas técnicas». Fueron retirados los cinco mil ejemplares que estaban ya en las librerías, e incluso se exigió la devolución de los ejemplares vendidos a los periódicos. Hiss siguió en la cárcel, protestando y alegando inocencia; una vez en libertad, anunció que iba a luchar por su reivindicación. Nunca fue escuchado.

Estos éxitos iniciales lanzaron a McCarthy a una desenfrenada serie de acusaciones. En el Senado le habían relegado a una comisión inoperante, pues la Comisión de Asuntos Administrativos tenía unas atribuciones más bien técnicas. Pero de esta comisión dependía una subcomisión permanente de investigaciones, llamada *Senate Internal Security Subcommittee*, que fue convertida por McCarthy en un auténtico Tribunal de la Inquisición. El conservador Taft —autor de la Ley Taft-Harley para represión de las huelgas— había declarado a los periodistas: «Hemos puesto a McCarthy en un lugar donde no puede hacer ningún daño». El daño que hizo desde su subcomité fue inmenso. En colaboración con una comisión paralela de la Cámara de Representantes —*House Un-American Subcommittee*—, se lanzó a una serie de interrogatorios y de acusaciones, procurando hábilmente buscar figuras populares para asegurarse la propaganda de la radio, de la televisión y de los periódicos. Comenzó con Hollywood, algunas de cuyas más famosas personalidades

tuvieron que comparecer ante el subcomité —empezando por el escritor Howard Fast—; finalmente, muchos de ellos eligieron el exilio en Europa, y este fue el principio de la corriente inversa de los cineastas americanos hacia Europa, después que Hollywood se hubiera nutrido de los grandes directores y autores europeos. Siguió con los diplomáticos, con las figuras de la Iglesia; no vaciló ante los militares más prestigiosos. Los intelectuales eran su presa más codiciada. He aquí un ejemplo de interrogatorio conducido por McCarthy desde su subcomité. El acusado en aquella ocasión era un tal Reed Harris, que ocupaba un cargo de cierta importancia en «La Voz de América»: es decir, la compleja organización radiofónica encargada de colocar en los países comunistas, en varios idiomas, la propaganda norteamericana. Harris había escrito en 1932 un libro titulado *King Football* —el «Rey fútbol»—, en el que acusaba a los colegios norteamericanos de crear «regimentados soldados de la mediocridad». El descubrimiento de este libro por McCarthy le proporcionó una de sus mejores emisiones de televisión. Leyó párrafo tras párrafo para demostrar que Harris era «antinorteamericano»; Harris debió comparecer ante el subcomité, donde alegó que el libro había sido escrito hacía 21 años —el interrogatorio se desarrollaba en marzo de 1953—, y que desde entonces había cambiado sus opiniones «al aprender más de la vida». Veamos un extracto del interrogatorio:

McCarthy: ¿Cuándo comenzó usted a ser anticomunista?

Harris: Siempre he sido opuesto al partido comunista, a los mecanismos controlados por los soviets...



Debido al escándalo que originaron sus juicios a los militares, McCarthy vio frenada su carrera por el presidente Eisenhower y abandonado por el propio partido republicano en que el senador militaba. Aunque no le faltaran simpatías como la de Richard Nixon, que asiste aquí sonriente al saludo entre McCarthy y su colega Wiley.

McCarthy: Déjese usted de mecanismos controlados por los soviets. ¿Ha sido usted siempre anticomunista?

Harris: No, mientras la palabra tenía el valor que representaba en aquellos días: la filosofía colectivista como se aplica en conventos y monasterios...

McCarthy: Aquí no estamos hablando de comunismo en conventos ni monasterios.

Harris: Lo sé, señor presidente; pero tengo que conservar mis ideas en el contexto...

McCarthy: ¿Ha sido usted siempre opuesto al comunismo?

Harris: Tal como se utiliza hoy la palabra, sí; ciertamente he sido siempre opuesto.

McCarthy: Le estoy preguntando si ha sido usted siempre opuesto al comunismo.

Harris: No creo ahora en ninguna de sus enseñanzas...

La clave de esta conversación absurda es la siguiente: Harris había escrito en su libro de juventud su adhesión al comunismo en un sentido que nosotros, en castellano, podemos denominar comunalismo; si aceptaba ahora declarar que había sido adepto al comunismo, sin explicar el sentido que daba entonces a esa palabra, sería inmediatamente acusado de comunismo en el sentido político actual; pero si declaraba simplemente ser anticomunista —y estaba declarando bajo juramento—, el texto literal de su libro se volvía contra él y podía ser condenado por perjurio... Se trata de un ejemplo típico de los procedimientos macartistas.

Estos espectáculos del Senado, ante las cámaras de televisión y de cine, apasionaban a la nación al mismo tiempo que destrozaban su prestigio exterior. «McCarthy se ha convertido en un motivo directo de angustia para los aliados de los Estados Unidos», decía un editorial de *The Times* de Londres. El senador Fulbright acudió, en un discurso, a un párrafo de «Gulliver» para describir la situación del país. La cita es jugosa: «... en el reino de Tribnia, que las gentes del país llaman Langden, donde residí algún tiempo, la masa del pueblo está formada por delatores, testigos, confidentes, acusadores, que son ayudados por superiores y por subalternos de todo género a sueldo de los ministros de Estado y de los

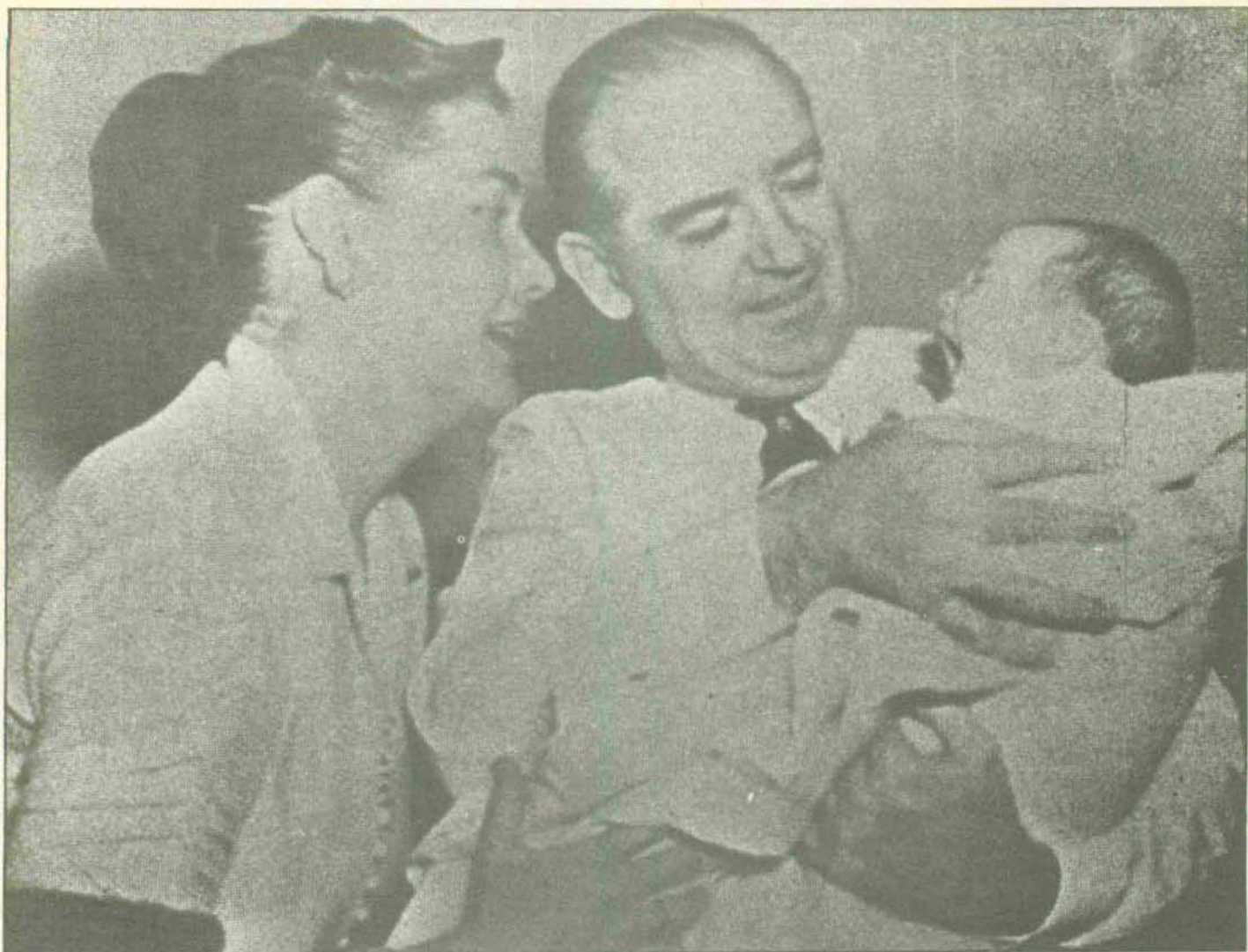
diputados. En este reino, los complots son frecuentemente obra de aquellos que desean elevarse en la escena política, dar un vigor nuevo a una Administración caduca, llenarse los bolsillos, dirigir la opinión pública en el sentido de su ventaja personal. Se sabe de antemano qué personas serán acusadas de complots; se cuida de apoderarse de sus cartas y de todos sus documentos; después se encarcela a los culpables. Esas cartas y esos papeles serán descifrados por gentes extraordinariamente hábiles que descubren el sentido misterioso de las palabras, de las sílabas y hasta de las simples letras. Comprenden, por ejemplo, que un grupo de ocas significa el Senado, un perro cojo, una invasión; la peste, un ejército que se levanta; un pajarraco, el primer ministro; la gota, un prelado; el patíbulo, un secretario de Estado; un colador, una gran dama de la Corte; una escoba, una revolución; una ratonera, un cargo oficial; un pozo sin fondo, el tesoro; un junco roto, la Corte de Justicia; un tonel vacío, un general; una herida abierta, la Administración...». Este fragmento de *Los viajes de Gulliver* (Libro tercero, capítulo sexto), de Jonathan Swift, figura inscrito en el boletín del Senado del 13 de mayo de 1954 a petición del senador Fulbright, hoy presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado y una de las inteligencias más preclaras de los Estados Unidos. Fue uno de los pocos —otro fue Adlai Stevenson, muerto en una calle de Londres— que se opuso abiertamente a McCarthy y sobrevivió. A algunos senadores les costó su cargo para siempre, costó su cargo para siempre. McCarthy atacó a Charles («Chip») Bohlen, que había sido embajador en la U.R.S.S.; cuando el Departa-

mento de Estado contraatacó en defensa de su embajador, McCarthy le asestó un golpe bajo firmando un acuerdo con Grecia para que los barcos de dicho país —una de las flotas mercantes más importantes del mundo— no desembarcasen mercancías en los puertos de China. Nunca en la historia un senador, presidente de un subcomité, había firmado un acuerdo con un país extranjero. Se trataba de un acto anti-constitucional, y el propio McCarthy tuvo que explicar que se trataba de un «arreglo privado»; pero, ante la opinión pública, McCarthy apareció como un hombre capaz de resolver un primordial asunto de política exterior que no había afrontado el Departamento de Estado. ¿Y por qué no lo había hecho el Departamento de Estado? Porque estaba lleno de comunistas...

Finalmente, McCarthy cometió su gran error: atacar al Ejército. Primero, en la persona del general Marshall. Ciertamente, Marshall cometió muchos errores en su vida militar, y principalmente en China; pero sólo un demente podía acusarle de comunista o de «compañero de viaje». Generales, jefes y oficiales del Ejército tuvieron que comparecer ante el tribunal de McCarthy, y fue entonces —y sólo entonces— cuando el presidente Eisenhower decidió intervenir y hacer valer su inmenso prestigio de héroe de la guerra y Presidente de la nación contra el marrullero McCarthy. Fue el principio del fin. Su propio partido, el republicano, le abandonó. Si para encarcelar a Al Capone en los años veinte fue preciso acusarle de no pagar sus impuestos, para desmontar a McCarthy el Senado tuvo que acusarle de corrupción. La sospecha y las acusaciones pesaban sobre él desde el principio de su carrera, pero nadie

se atrevió a revivirlos cuando estaba en la cumbre de su poder; fue preciso el abandono de Eisenhower y del Partido Republicano para que reaparecieran. El 2 de agosto de 1954, el Senado decidió crear un subcomité especial para juzgar las acusaciones contra el miembro Joseph R. McCarthy. Fue el senador Fulbright quien centró la acusación en seis puntos: 1.º, el senador por Wisconsin, siendo miembro del comité (del Senado) que tenía jurisdicción sobre los negocios de la Compañía Lustron, una compañía fundada con dinero gubernamental, recibió de ella 10.000 dólares, sin rendirle servicio de valor comparable; 2.º, en audiencias públicas ante el subcomité permanente de investigaciones del Senado insistió fuertemente en que Annie Lee Moss era conocida como miembro del Partido comunista, y que si testificaba incurriría en perjurio, sin dar a la acusada ocasión de testimoniar en su favor; 3.º, llamado insistentemente a declarar por un comité del Senado dirigido por el senador por Iowa, denunció a dicho comité y se negó a comparecer; 4.º, sin ninguna justificación atacó la lealtad, el patriotismo y el carácter del general Ralph Zwicker; 5.º, invitó abiertamente, públicamente, ante la televisión, a los funcionarios del Gobierno a violar la ley y sus juramentos; 6.º, hizo un ataque insolvente contra el general George C. Marshall en un discurso, sin pruebas ni justificaciones.

El 2 de diciembre de 1954, el Senado votaba la censura contra McCarthy por 67 votos contra 22. Su carrera política había terminado. Acababa también un período de la historia de los Estados Unidos, y fue asimismo Fulbright —discurso del 25 de enero de 1955— quien se encargó de



Apenas tres años pudo sobrevivir el senador McCarthy a su caída política. Precisamente esta foto con su mujer y su hijo adoptivo (que, como varias de las anteriores, hemos extraído del libro «Joe McCarthy y el mcarthismo. El odio que trastornó a Norteamérica», de Roberta Strauss Feuerlicht, editado por Grijalbo), sería tomada sólo cuatro meses antes de la muerte del senador, en mayo de 1957.

hacer el epitafio de aquella época: «Una sociedad modelada a imitación de una momia egipcia: una sociedad en la que el embalsamador ocupa el puesto de honor más alto; una sociedad de cascarones fijos, pintados y endurecidos...».

El senador Joseph Raymond McCarthy pudo sobrevivir apenas tres años a su caída política. Cuando murió, el 2 de mayo de 1957, tenía cuarenta y siete años. Nadie se inclinó con amor sobre su tumba. Las necrologías de los periódicos fueron frías y distantes, cuando no hostiles. El poeta negro cubano Nicolás Guillén escribió la más cruel de las elegías: «He aquí al senador McCarthy muerto en su cama

de muerte, flanqueado por cuatro monos; he aquí al senador McMono, muerto en su cama de Carthy, flanqueado por cuatro buitres...».

* * *

Pero no es fácil decir que el macartismo haya desaparecido de los Estados Unidos; menos aún de otros países del mundo occidental. Es tan viejo como la intolerancia, tan arcaico como la superstición, tan moderno como el miedo a la desintegración de las sociedades, a la muerte nuclear; tan contemporáneo como la propaganda, como la violación de las masas por la ocupación de los medios colectivos de propaganda; tan eterno como los sacrificios de inocen-

tes para conjurar el miedo de la colectividad. Es posible pensar —mientras no tengamos pruebas suficientes para creer otra cosa— que el asesinato del presidente Kennedy en la ciudad de Dallas el 22 de noviembre de 1963 fuera un triunfo póstumo del macartismo; es innegable que la irrupción brutal del candidato Goldwater en las elecciones presidenciales de 1964, con su culto a la bomba y a la fuerza, y la repentina adhesión popular que tuvo —considerable a pesar de su derrota— sea un brote de macartismo; es verosímil que algunas de las fuerzas que hay tras la acción de los últimos presidentes norteamericanos procedan de una nostalgia del

senador McCarthy. Durante los fines de semana, en cualquier ciudad de los Estados Unidos, ciertos grupos misteriosos se adentran en el campo y realizan extrañas maniobras: son los «Minute-men», una organización que se adiestra para defender al país en una futura guerra clandestina contra supuestas guerrillas comunistas. La John Birch Society, el Ku Klux Klan representan una forma de macartismo. Las comisiones de actividades antinorteamericanas de la Cámara y de Investigaciones del Senado existen todavía. En 1962 se citaba el nombre de cuatro personas encarceladas por opiniones supuestamente comunistas. En 1963, el periodista John Morgan realizaba una encuesta entre los obreros sin trabajo de los Apalaches, y se extrañaba ante ellos de la resignación con que acogían su dramática situación. «Si nos manifestamos o protestamos, se nos trata de comunistas y se nos encarcela» (artículo publicado por John Morgan en el *New Statesman and Nation* del 5 de julio de 1963, con el título «The other face of America»). El 20 de mayo de 1964, Hugo de Gregory fue condenado a un año de prisión por haberse negado a comparecer, entre 1940 y 1950, ante un comité que investigaba las actividades del partido comunista (citado por Louis de Villefosse).

* * *

Estas líneas están destinadas a servir de introducción al conocimiento del «caso Oppenheimer», a explicar y a detallar el ambiente en que fue posible hacer la acusación del gran científico y pensador, del proceso a su conciencia (1). Fuera de su contexto pueden

(1) Este trabajo constituye el prólogo al libro *El caso Oppenheimer*, publicado por Aymá Editora en 1966.

dar una imagen parcial y deformada de la situación actual de la libertad en Estados Unidos. Paralelamente a esta «América amarga» —título de un libro de Constantino Cacci—, a esta América negra y oscurantista, existe una gran América libre y democrática. Han quedado citados en el texto los nombres de Fulbright, de Stevenson, de Kennedy, los de algunos de los senadores que fueron víctimas de McCarthy y desaparecieron para siempre de la escena política vencidos en la lucha; si no se les ha dado suficiente énfasis es, repito, porque el objeto de estas líneas es explicar el ambiente previo al «caso Oppenheimer», el ambiente en que el proceso de Oppenheimer pudo celebrarse; no porque esa zona esclarecida de América se considere de menor importancia que la otra. Finalmente, al alcance de cualquiera está la imagen de la América risueña y feliz; al alcance de cualquier espectador de cine o televisión. No necesita más panegiristas, aunque sí los necesita mejores.

Tampoco se debe pensar que

el macartismo es un fenómeno típicamente norteamericano. Basta mirar en torno a uno mismo para descubrir unos cuantos pequeños McCarthys en potencia, y alguno de ellos incluso en ejercicio en sus más o menos pequeños campos de acción. Sería suficiente que la sociedad se electrizase en el mismo sentido que ellos para verles actuar. Son McCarthys frustrados, sin oportunidades. Sin embargo, el hecho de que McCarthy apareciera en los Estados Unidos, y precisamente en los Estados Unidos de los años cincuenta, tuvo una importancia histórica. Para muchos pueblos recién liberados del fascismo y del nazismo en Europa fue un enorme asombro, una enorme decepción contemplar ese rebrote en un país que era la cuna de las libertades contemporáneas en sus textos fundacionales, que se erigía a sí mismo como definidor de la nueva libertad y que obligaba a aceptar la definición de «mundo libre», desmentida todos los días en el subcomité de McCarthy, en los mil organismo nacidos de su costado.

■ E. H. T.



El macartismo no ha desaparecido totalmente de Estados Unidos —ni de otros países— con la muerte del político que le dio nombre. Y así, grupos como el Ku-Kux-Klan (del que vemos una manifestación realizada en San Agustín contra el Acta de Derechos Civiles) siguen ejemplificando todo un espíritu de bárbara e irracional intransigencia.